

El autoindulto populista

Los demócratas de EE UU jugaron a dar la razón a las turbas iconoclastas



IÑAKI EZKERRA

Nunca permitiremos que una muchedumbre encolerizada borre nuestra historia». No son palabras de Biden en su discurso del 7 de enero sino del propio Trump en los jardines de la Casa Blanca el pasado 4 de julio, en el contexto del día de la Independencia de EE UU y de la ola de vandalismo que derribaba monumentos por todo el país tras la muerte de George Floyd a manos de la Policía de Minneapolis. En sólo cinco meses, el sujeto que se presentaba como el centinela nacional de la ley y el orden ha acabado encarnando al monstruo que decía estar dispuesto a erradicar, y atentando, no ya contra la estatua de un prócer de la nación, sino contra el monumento por antonomasia de la democracia norteamericana: la sede de la soberanía popular y nacional.

De este hecho incontrovertible deberían hacer un mínimo acuse de recibo quienes, desde el circo político del populismo español, han estado jaleando a Trump, más fascinados por su mano dura que por el sistema de leyes y valores que esa mano fingía proteger. Dirigir, como hizo Vox el pasado septiembre, una propuesta al Parlamento Europeo para que apoyara la candidatura de Trump al Premio Nobel de la Paz, no es cualquier cosa. No es algo que Abascal pueda ventilar con un tuit acusatorio a sus rivales populistas que en realidad escondía una autoexculpación: «Me extraña que a la izquierda progre le parezca tan mal el asalto al Capitolio». Eso sí que es «derechita cobarde». Tan cobarde y autoexculpatoria como la condena del populismo izquierdista a los sucesos de Washington. Pienso en el Iglesias que identifica la barbarie trumpista con el «modus operandi de la ultraderecha» y se olvida del asalto de las turbas chavistas a la Asamblea de Venezuela en julio de 2017, que él celebró con carcajadas risueñas. Pienso en el Errejón, que se ha servido, en un tuit, del asalto al Capitolio para exculpar a las repúblicas bananeras de sus respectivos asaltos parlamentarios y reconocer en estas últimas la misma «madurez institucional» que reconocemos en EE UU, o sea, para autoexculparse de sus raíces y complicidades ideológicas.

No. No es raro que Trump trate ahora de autoindultarse desautorizando a sus seguidores de la fechoría a la que él les indujo. El autoindulto, la autoexculpación moral o penal es el signo genuino de todos los populismos. Incluido el de los demócratas que jugaron a la ultracorrección política y a dar la razón a las turbas iconoclastas. Biden lanzó un discurso el 7 de enero que podía confundirse con el de Trump del 4 de julio. Faltó en él, para diferenciarse de Trump, una autoinculación por la responsabilidad de su partido en los polvos buenos que han traído estos fatídicos lodos.

La guinda del pastel trumpista

AITOR IBARROLA-ARMENDARIZ

Profesor de Estudios Norteamericanos Universidad de Deusto

El caos y el vandalismo que presenciamos en el Capitolio no son sino la culminación lógica de cuatro años de desprecio de las normas y mentiras

Propuestos a elegir una metáfora apropiada para describir los increíbles sucesos del miércoles en el corazón mismo de la democracia estadounidense, cabría recurrir a distintas imágenes que captasen su significado al final de una era, la del trumpismo. Dado que estamos inmersos en una de las mayores crisis sanitarias a las que la Humanidad se ha enfrentado, podríamos pensar en esos sucesos como la cúspide de esa peligrosa nueva ola que afrontamos cada día, si bien lo que estaría en peligro en este caso no sería nuestra salud, sino la estabilidad política a nivel global. Cabría también pensar en esos incidentes como la punta de un inmenso –y demoleador– iceberg que todo el mundo ha visto flotar a la deriva estos últimos cuatro años, dominados por el miedo a que se produjera la colisión en cualquier momento. Pero, visto lo visto, quizá la metáfora más adecuada sea la de la guinda sobre un pastel envenenado que el actual presidente de Estados Unidos va a dejar en herencia a su sucesor, Joseph R. Biden Jr., al final de su desastrosa gestión del país durante su mandato.

Existen al menos dos razones que avallan la elección de la guinda sobre el pastel como una metáfora conveniente para representar el final de esta era. Por una parte, el caos y el vandalismo que presenciamos en el Capitolio no son, en cierta forma, sino la culminación lógica de cuatro años de continuas provocaciones, desprecio de las normas, prepotencia y una constante desinformación; por no hablar de mentiras flagrantes. Thomas Wright, analista de la Fundación Brookings, ya advertía en un artículo publicado el pasado junio en 'The Atlantic' de que el final de la era Trump iba a verse marcado por una pernicioso espiral hacia lo desconocido.

Según Wright, la única solución para intentar frenar el incalculable perjuicio que el presidente había causado a las re-



JOSÉ IBARROLA

laciones internacionales, las relaciones interraciales en su país, las instituciones e, incluso, a la salud de sus compatriotas durante la pandemia era poner freno a sus actuaciones en la fase final de su mandato. Es obvio que ni sus compañeros de partido ni el sistema judicial han tenido mucho éxito a la hora de parar los despropósitos que culminaron el miércoles con el asalto al Capitolio. Ahora, el vicepresidente, Mike Pence, cuenta con una última carta para intentar deshacer el entuerto recurriendo a la vigésimoquinta enmienda a la Constitución, que podría destituir a Trump, pero dados los plazos hasta el 20 de enero, la iniciativa no parece muy factible.

Por otra parte, la metáfora de la guinda sobre el nocivo pastel resulta también altamente descriptiva desde el punto de vista del legado que el presidente electo, Joe Biden, va a recibir al principio de su legislatura. Si el país ya estaba profundamente dividido antes de los acontecimientos de esta semana, el ataque a uno de los símbolos más potentes de la democracia

norteamericana no hace sino poner en evidencia las debilidades –de seguridad, equilibrio, fiabilidad, entre otras– que el sistema ya ha venido mostrando estas dos últimas décadas. Aunque Biden ha declarado repetidamente en sus discursos que espera ser el presidente del consenso y la restauración democrática, es evidente que los retos que tiene por delante no son para nada desdeñables.

En un artículo reciente publicado en 'Los Angeles Times', Michael Hiltzik comparaba estos retos a los que Franklin D. Roosevelt tuvo que afrontar en la década de los años 30, cuando el país también mostró claros signos de fractura y desintegración. Para este columnista, la respuesta está en una regeneración lenta y progresiva de los valores y principios que se han visto dañados durante la Administración Trump: la decencia, la empatía con los vulnerables, el respeto a las instituciones, el correcto uso de los medios de comunicación, entre otros.

Es indudable que Estados Unidos y su nuevo presidente se enfrentan en los próximos meses a una complicada encrucijada histórica en la que van a tener que reparar todo el daño causado por las distintas capas –de arrogancia, intolerancia, cinismo, falsedad, división– que el 'pastel trumpista' deja detrás; todo ello rematado con la guinda del ataque frontal a las instituciones. No resulta casual que muchos analistas políticos se estén refiriendo en estos días a las «profundas heridas» que la próxima Administración va a tener que curar, si de verdad se propone devolver al país a una senda de estabilidad y confianza que le permita superar las distintas crisis –sanitaria, social, económica, política y moral– a las que se enfrenta en la actualidad.

Además, como afirma Anne Applebaum en 'The Atlantic', lo que realmente está en juego no es sólo el bienestar y la dañada imagen del pueblo norteamericano, sino el de la propia democracia como sistema.

Negar la nieve

ALBA CARBALLAL

Hace tres días nadie hablaba de la nieve y hoy ya hay quien la niega. Tras el nuevo auge del terraplanismo, la irrupción pandémica de los antivacunas y el revuelo que montaron quienes piensan que el coronavirus es un invento de Bill Gates en connivencia con Pedro Sánchez, llega el gran éxito de la temporada invernal: los negacionistas de la nieve que se acumula en sus terrazas. Llevar la contraria, a la vista está, es tenencia; y, como buen fondo de armario,

siempre ha estado de moda y siempre lo estará. Sin embargo, echo de menos los tiempos en los que ir a contracorriente consistía en romper guitarras contra el suelo de un escenario, llevar cada centímetro cuadrado de piel cubierto de tatuajes o acampar en una plaza abarrotada de bichos raros parecidos a uno mismo. Ojalá dejaran de estilarse todos los negacionismos y volviera el punk, que sólo niega el futuro y abraza todo lo demás.

Negar la mayor por sistema –contra los

criterios autorizados de la comunidad científica, el consenso social y hasta el sentido común y la prudencia– es una pobre forma de resistencia: ahí están, quemando bolas de nieve aplastadas como si fueran chinos de heroína para demostrar que son de plástico y maravillándose ante el cerco oscuro que aparece sobre la superficie antaño blanca; sin sospechar que es el fuego que sale de sus mecheros lo que provoca el color negro y no la misteriosa nieve, sin duda enviada por Pablo Iglesias, Oprah Winfrey, Haruki Murakami y el Papa Francisco –con la colaboración sobrenatural del fantasma de Steve Jobs– para colarnos el 5G por ventanas, puertas y poros abiertos. Yo, siguiendo la filosofía de la negacionista mayor del reino, voy a meterme dentro. Que tengo frío.

